

«¿Qué me dirás del que en el mar perece,
Si pudo en tierra estar rico y honrado;
Y qué del avariento que carece
Del bien que en su poder está sobrado;
Y qué del que en palacio se envejece,
Pudiendo vivir libre y descansado,
Que, adorando la cárcel y cadena,
Niega su voluntad por el ajena?»

«Ejemplos infinitos te alegara
Si ya no me acusara la partida:
Todo al fin se concluye, todo para
En alguna extrañeza no entendida;
Siga pues cada cual por arte rara
Aquello á que su gusto le convida,
O la secreta fuerza de su estrella,
Que Zaide solo sigue á Haxa bella.»

Tan atónito el otro infiel se puso
Al segundo coloquio, que á mancilla,
No supo si moverse de confuso,
Como después contó por maravilla,
Y dijo que á su arenga así repuso:
«Pues vas á procurar tan gran rencilla,
Procurate valer de tales modos,
Que no pierdas á tí danando á covino.»

En tanto al de los Vélez admiraba
Ver que del enemigo no tenía
Alguna nueva, aunque la procuraba
Con la eficacia que se requería;
Visto el silencio en que la tierra estaba,
«¿Qué calma será aquesta? dijo un día;
Si en el mar me hallara á estas sazones,
Dijera que criaban alciones.»

Y así, mandó salir de á pié y caballo
Algunos que corriesen por la tierra,
Aunque solía siempre rehusallo
Por evitar desórdenes de guerra,
Y prometió de bien recompensallo,
Si le trujesen viva de la sierra
Persona, de quien lengua se tomase
Para saber aquello que importase.

Yendo pues apartados del camino
Que va á Almería cuatro compañeros,
Atalayando el campo con buen tino,
Como suelen solícitos monteros,
Vieron venir un hombre sarracino
Por entre dos altísimos oteros,
Y en ese mismo instante se abatieron,
Y á lo espeso del monte se metieron.

Cual suelen en sus conchas encogerse
Las tortugas, mas sanas que hermosas,
Y los erizos mustios envolverse
En las agrestes pieles espinosas,
Fueron aquellos prontos á embeberse;
Y tomando paradas provechosas,
Quedaron tan quietos y callados
Como si en piedras fueran transformados.

Por entre rama y rama uno acechaba
Al moro inadvertido que venía,
Aunque de trecho en trecho se paraba,
Y el sitio al derredor reconocía;
Mas la cuadrilla que encubierta estaba
El regocijo apenas encubría,
Porque con los alegres sobresaltos
Les dan los corazones recios saltos.

Cuando tanto se entró el incauto moro,
Que escaparse por pies ya no pudiera,
A él arremetieron como á toro
Lebrellos bravos dentro en la barrera,
Diciendo: «Date, perro; date, loro,
Si no quieres sentir la muerte fiera.»
El respondió con denodado brío:
«Mal puedo darme yo no siendo mio.»

Y de un salto arrimándose á una roca,
El arcabuz fogoso armado encara;
La diestra osada el muelle blando toca;
La piedra enciende y el cañon dispara;
Y no se tuvo por ventura poca
Que el tiro alguna vida no costara:
Dos balas escupió, cuyo zumbido
A mas de dos allí habló al oído.

Los nneustos, despechados y corridos,
Estuvieron á pique de matalle;
Mas, del orden expreso compelidos,
No pretendieron mas que captivalle;
Y visto que con fieros atrevidos
Con la espada emprendió hacerle calle,
Tiráronle á los pies, y con suspiro
Arrodilló, herido al primer tiro.

El plomo le rompió por la juntura
De la pierna y el pié, lugar sensible;
Mas no quedó por eso la figura
Menos determinada ni terrible,
Y con mayor esfuerzo que cordura
Tentaba todavía lo imposible,
Mostrándose rebelde y obstinado
Hasta después que estuvo aprisionado.

Alegres de la presa los soldados,
Llevaron al Marqués el prisionero,
Que pareció ser Zaide, á quien cuidados
De amor le sometieron á tal fuero,
Con pasos para él bien excusados;
Que á Haxa había traspuesto un caballero;
Mas útiles al fin que se previno
De tomar la noticia que convino.

Porque, después del agua y los cordeles,
Y haber negado siempre en la garrucha,
No pudo tolerar brasas crueles;
Y así quedó rendido desta lucha,
Confesando que el campo de infieles
Con grande prevención y fuerza mucha
Para asaltar á Verja se aprestaba,
Puesto que Abenhumeya lo ocultaba.

Dijo también que los embajadores
Del Albayzin así lo habían pedido,
Y otros muchos indicios no menores,
Para poder en todo ser creído.
Nunca al bravo Marqués nuevas mejores
Ni tales le llegaron al oído;
Porque entendió, como después le avino,
Que el cielo por allí le abría el camino.

Llamó á consejo, al cual vino don Diego
De Leyva, hijo del que á los franceses
Domó el orgullo peligroso y ciego,
Los muros conservando milaneses;
Aquel que fué de Marte vivo fuego,
Sin ver de la fortuna los reveses;
Mas era en sus victorias poca parte,
Ganada á poder de esfuerzo y arte.

Don Diego con don Juan, hijo y hermano
Del buen Marqués, también bravos soldados,
Vinieron llenos de un acuerdo sano,
Cuanto á fama ganar determinados;
Allí don Bernardino el cortesano,
De los Mendozas finos y apurados,
Mostraba con valor grave y entero
Que de los de Coruña era heredero.

Otros ni mas ni menos concurrieron;
Y juntos todos ante el viejo claro,
Sobre el propuesto caso confirieron
Con un discurso generoso y raro.
Los pareceres algo difirieron
En pocas circunstancias que no aclaro,
Mas en substancia todos concordaron,
Y al mismo blanco y fin se enderezaron.

«Entonces el caudillo valeroso
Les dijo aquesto en voz grave y severa:
«Haceisme; oh caballeros! tan dichoso
Con vuestra virtud cierta y verdadera,
Que entiendo que ella capitán famoso
En infinitos siglos me hiciera,
Sin otras causas: tan conformes veo
Vuestra resolución y mi deseo.»

«En cuanto asegurais el vencimiento,
Yo, señores, también os le aseguro,
Pues de gloria cercéis mi pensamiento,
Y mi esperar de diamantino muro;
Mas, en cuanto al ardid y fundamento
De que se debe usar por mas seguro,
Aquello propondré que se me ofrece;
Y póngase en efecto, si os parece.»

«Abenhumeya, en cuanto á lo primero,
Piensa venir secreto y encubierto,
De donde necesariamente infiero
Que al despuntar del alba será cierto,
Por mas que con su ejército ligero
Quiera marchar aprisa y sin concierto,
Pues la disposición y la distancia
Del sitio lo requiere y la importancia.»

«Y pues que picas ni caballos tiene
Para oponerse á mi caballería,
Claro está que en el pueblo le conviene
Darnos asalto con su infantería;
Por tanto, pues el tiempo nos previene,
Contravengamos á su fantasía
Con el remedio que mejor responde,
Y conforme á este, cuando, como y donde.»

«Halle libres y francas las entradas,
Y cerradas del todo las salidas;
Las calles que á las plazas van guiadas
Atájense con tapias bien fornidas,
Si no fueren las dos mas frecuentadas,
Mas anchas, mas derechas y seguidas,
Donde estarán á punto arcabuceros
Por las ventanas, puertas y agujeros.»

«Y vos, don Diego, amado hijo mio,
Con la caballería ejercitada
Estaréis bien en orden, cual confío,
Al rededor aquí de mi posada;
No haya portillo del lugar vacío;
La guardia en cada uno esté doblada
En este medio, y tanto se desvelen,
Que aun del salir las aves se recelen.»

«Haya custodia grande y vigilancia
Con todos los esclavos prisioneros,
Visitándolos siempre con instancia
Como en el mar se hace á los remeros:
Con estas prevenciones, en substancia
Me parece, valientes caballeros,
Que, no solo los moros esperemos,
Pero que su venida deseemos.»

Todo aquel escogido ayuntamiento,
Unánime, resuelto y persuadido,
Aprobó del sagaz razonamiento
El orden, las palabras y el sentido,
Las conjeturas, cuyo fundamento
Era cierto, infalible y definido;
Y así, todos tomaron el cuidado
De poner en efecto lo acordado.

CANTO X.

El reyecillo pone en ejecución el designio de Verja y vuelve desbaratado. Don Diego de Leyva combate cuerpo á cuerpo con un valiente turco, y le vence y mata. El señor don Juan manda á don Antonio de Luna que vaya á las Albuñuelas. Arrendáte mata al capitán Céspedes el fuerte.

Piensen algunos poco sabiamente
Que está en la multitud de los soldados
De las armas el uso preeminente
Y los hechos en ella señalados,
Midiendo por el número de gente
El valor de los campos afrontados,
Temerario juzgar, falsa medida,
De la experiencia misma convencida.

A Grecia baja el otro rey persiano
Con sus copiosas huestes á millones;
El monte que pretende hace llano;
Agota ríos, tala mil regiones,
Y venido á apurarse el fausto vano,
Una pequeña suma de varones
Le hace que cual humo se resuelva,
Y que vencido, con vergüenza vuelva.

Del reino estrecho sale el macedonio
Con su ejército pobre y moderado,
Dándole su virtud por testimonio
De que será después remunerado,
Y priva de su ceptro y patrimonio
Al rey del mundo mas aventajado,
Igualando con obras y trofeos
El sublime volar de sus deseos.

De ejemplos hay escripta larga suma,
Que autores fidedignos testifican;
Mas, si tal vez la lana y tal la pluma
Los casos memorables amplifican,
Estémos, para que esto se resuma,
A causas ciertas que lo verifican,
Y verase que acaso no sucede,
Sabida la razon de que procede.

El sitio, la ocasión y la destreza,
El orden, el ardid que se adelanta,
Y aquel orgullo ufano y altiveza
Que á no temer los ánimos levanta,
Engendra confusión, causa tristeza,
Ofende, desanima, turba, espanta
Al número contrario que pelea
Desnudo desto, por mayor que sea.

Y como á tantos miembros y sentidos
De que un humano cuerpo está compuesto,
Tiene sus ministerios repartidos
Un alma, que es su forma y presupuesto;
Así da á los ejércitos unidos
Solo un caudillo el ser, y según esto,
Aquel de Verja, de quien lo es Fajardo,
¿Cómo podrá dejar de ser gallardo?

Seis veces había el mundo el sol ceñido
Del indo Ganges á la hesperia arena,
Y seis el firmamento ha parecido
Sobre la noche oscura de horror llena,
Después que nuestro bando prevenido
Esperaba la furia sarracena,
Acrecentando mas con su tardanza
La fuerza del deseo y confianza.

Sétima vez el coro luminoso
Volaba con sus ruedas estrelladas,
Y ya Bohotes, aunque perezoso,
Tenía tres partes de su cerco andadas,
Cuando el tirano bravo y orgulloso
Se puso con sus gentes congregadas
A vista del lugar, que imaginaba
Tan descuidado cuanto deseaba.

El orden que traía de combate
Era que el pueblo en torno se ciniese,
Y que á Dali, Pocon y el Arrendate
Las mangas prolongar perteneciese,
Hasta que, juntas ambas al remate,
El círculo cabal se compusiese,
Y en él cuatro escuadrones en batalla
Que pareciesen torres y muralla.

La retaguardia, no como caudillo,
Mas como rey con su guion delante
Le plugo de guiar, sobre un morcillo
A dos especies algo semejante:
Sembrado á trechos de oro de martillo
Vestido trae de púrpura triunfante;
En su mano un baston por mas decoro,
De ébano liso con remates de oro.

La vanguardia, á Mojájar cometida,
Llevaba comision de entrar derecha
Hasta la casa del Marqués sabida,
Y comenzar allí la lid estrecha,
Para que la otra gente repartida
Se lance dentro, sin quedar deshecha
La retaguardia, que se guarda entera
Por cuerpo de batalla desde fuera.

Ya Mojájar á paso acelerado
Entra por el presidio que mas vela,
No deja el moro de ir maravillado
De no dar con alguna centinela;
Siente luego del cámbio inflamado
Olor y humo, y cuando se recela,
Al punto se descubre el desengaño
Con la experiencia de notable daño.

A un tiempo comenzó á jugar aprisa
Por todos lados la arcabuceria;
Hiere de cerca, y de matar no cesa
La morisma, que mal se defendía,
Como suele caer la piedra espesa
Que cerzo arroja de la nube fria,
Quitando la esperanza á labradores
De las mieses, los pámpanos y flores.

Al estruendo y tropel que dentro suena
Corren los escuadrones circunstantes;
Mas luego su veloz carrera enfrena
La fuerza de las tapias importantes;
Los que vienen atrás con ansia y pena
Impelen recio á los que llegan antes;
Quieren volver atrás los delanteros,
Y tambien se lo vedan los postreros.

Y así, enfrascados en su desvario,
Están cual suele en la fortuna insana
Entre las ondas el veloz navio
Que combaten lebeche y tramontana;
Mientras aquí con intrincado brio
Para mayor necesidad se afana,
Mojajar se retira á la campana,
Muerta toda la mas de su compañía.

Llegó á su rey perdido y destrozado;
Y los demás tambien, cuando pudieron
Salir del labirinto portado.
Al mismo batallon se recogieron.
«No es pueblo este dormido y descuidado,
No es plaza esta sin gente, le dijeron;
Armas en él y máquinas de guerra
Llueven del cielo y manan de la tierra.»

En esto el ronco son de la trompeta
«Al arma, al arma,» dijo clamoroso,
Cuando, pisando sangre mahometa,
Sale el cristiano bando tan furioso,
Que no lleva mas priesa la saeta
Impelida del brazo poderoso,
Ni los neblis con mas ligero vuelo.
La garza siguen que se amonta al cielo.

Vestido va el Marqués de fino aceró,
Al espantoso Marte semejante,
Porque es su corazon de leon fiero,
Y su estatura de feroz gigante,
Su adarga parecia un muro entero,
Y el asta de su lanza era bastante.
Si no á ser mástil, á servir de entena,
Puesto que la blandia muy sin pena.

Armado en campo Abenhumeya atiende,
Rodeado de número infinito;
El sol parece que el negocio entiende
Y quiere ser testigo del conflicto:
Que ya el oriente azul de rojo enciende,
Ya alista el carro bello y exquisito,
Y del mar sus caballos alentados,
Los cuellos levantaban rociados.

Al primer resplandor de la luz nueva
Se trabó la encendida atroz batalla.
No es allí de momento el peto á prueba;
De poco sirve la acerina malla;
Porque apenas se ve quien no se atreva
A dar muerte al contrario, y esperalla,
Rompiendo las defensas y embarazos,
Si es menester, á fuerza de los brazos.

Resuenan los fogosos torbellinos
De la terrible pólvora inflamada,
Las cajas, las trompetas, los continos
Botes de lanza y golpes de la espada;
Retiembla el centro y montes convencinos,
Crece la ardiente furia, y la pesada
Noche del sueño lánguido y profundo
A muchos priva de la luz del mundo.

Nuestros jinetes pasan y atropellan,
Aquí y allí por medio de agarenos,
Y tanto la altiveza les domellan,
Que viene á mas andar su orgullo á menos;
Rompen, destrozan, despedazan, mellan,
Terribles y veloces como truenos,
Abriendo en el furor de la contienda
Por la enemiga sangre larga senda.

¿Quien bastará á contar, Marqués osado,
El ánimo y ardid con que este día
De digno general y de soldado
Mezclaste la prudencia y bizarría?
Muley Hamida, moro señalado,
Solo en ver que eras tu quien le heria,
Conhorta'ó dio el alma, aunque en eterno
Estará arrepentido en el infierno.

¿Quien bastará á explicar cual se requiere
De tu valiente hijo y fuerte hermano
El precio del valor que los prefiere
A cuanto encarecer puede mi mano?
Si mi estilo pudiera lo que quiere,
A ti subiera al cielo soberano,
Don Bernardino Juarez de Mendoza,
Por quien tanta morisma se destroza.

Cual deja el escudron aportillado
La furia del trabuco ó culebrina,
O cual pasa rompiendo el duro arado
Entre las yerbecillas que camina,
Tal en el bando ciego rebelado
Se mostraba la furia mendocina,
Haciendo con vigor fiero y terrible
Cuanto á la fuerza y ánimo es posible.

Con el heroico Leyva habia salido,
Y solos ocho honrados escuderos,
Por un lado que estaba guarnecido
De mas de tres mil bárbaros guerreros;
Mas, como la fortuna ha prometido
Salvar de la osadía los aceros,
Previno al caso del peligro extraño
Cegando á los moriscos con engaño.

Y fué, que muchas lanzas que se vian
A diferentes partes aplicadas
Cuyos dueños traspuestos encubrian
Ciertas paredes poco levantadas,
Contra si imaginaron que venian
Y temen las que ven ensangrentadas,
Tan á su costa, que en el mismo punto
Piensan que los contrasta el mundo junto.

¿Qué mas diré sino que se adelanta
Así el valor de nuestra gente poca,
Que ya la multitud, aunque era tanta,
Conoce claro que el perder le toca:
Como el cuchillo siente á la garganta
El reyecillo, no á Mahoma invoca,
Antes lo acusa, arguye y lo blasfema
Con palabras de enojo y de postema.

La retirada ve ser tan odiosa,
Que el alma se le arranca de pensalla;
Por otra parte mira la espantosa
Ruina que le ofrece la batalla;
Así que, entre Caribdis peligrosa
Y Scila esquivada, á tal sazón se halla,
Maldiciendo su estrella unica y dura,
Pobre de acuerdo y falta de ventura.

Llegó en esta sazón su anciano tio
En una yegua rucia y alheñada,
Envuelto en roja sangre y sudor frio,
Herido el pecho de mortal lanzada,
Y dijole: «No estés, sobrino mio,
Mas tiempo en esta lid desventurada.
Salvemos lo que resta del estrago
Deste infelice día y aciago.»

«Hoy se nos muestra mal propicio el celo
De nuestro antecesor; hoy se declara
Contra nosotros el rigor del cielo,
La frágil fe de la fortuna avara;
Gran copia de los tuyos cubre el suelo,
A quien la dulce vida desampara,
Y nuestros enemigos capitales
No parece que son hombres mortales.»

«Por toda la batalla he discurrido
Haciendo oficio de mayor sargento,
Y he visto que Dalí, cual yo, herido,
Apenas goza del vital aliento,
Al valiente Arrendate vi caido;
Mas este á la verdad, aunque sangriento,
Pienso debiera estallo de la ajena,
Segun se levantó después sin pena.»

«Vi los Partales fuertes y animosos
Su gente rota apellidar en vano,
Y vi que muchos della tan odiosos
Se rinden al rigor del hado insano,
Que siendo del morir que están medrosos
Remedio el pelear, teme la mano
En esta confusión de ser defensa
Al mismo pecho que recibe ofensa.»

Abenhumeya, lleno ya de enojos,
Al Zaguer le responde: «Estoy contigo,
Pues tan á mi pesar por vista de ojos
Soy desta mala andanza buen testigo;
Sigamos de fortuna los antojos,
Y el norte de mi estrella, que maldigo;
Pase la voz que á recoger mandamos:
Tocad; alto! sus! presto! ¿qué tardamos?»

Apenas llegó el son á los oídos,
Cuando el morisco bando se retira,
Sin mostrar por los muertos y heridos
Congoja, compasión, venganza ni ira;
Tales van como tordos esparcidos
Después que en banda el arcabuz les tira,
Y tales quedan otros como aquellos
Que el plomo entresacó de en medio dellos.

De los nuestros la parte menos buena
Al despojo se abate presurosa,
La otra sigue el bien que mejor suena,
Que es la victoria y su demanda honrosa.
Mas ya por el sagaz Marqués se ordena
Cese el alcance, y es muy justa cosa,
Porque á quien huye á veces mal se alcanza,
Y puede al mudar sitio haber mudanza.

Los moros pues vencidos van huyendo;
Vuelven á reposar los vencedores:
Solo don Diego un turco va siguiendo
Que en suerte le tocó de los mejores.
El de Leyva es aquel que estoy diciendo,
Señalado en las veras y primores;
Ismenio Escandaria era el pagano,
Tenido por fortísimo otomano.

De solos quince ó veinte de caballo
Que el Rey traía por colaterales,
Este era el uno, y digno de alaballo
Entre los sarracinos principales;
Don Diego iba ya cerca de alcanzallo,
Diciendo en alta voz palabras tales:
«Espera, turco, espera, aguarda, aguarda;
Un hombre solo soy; ¿quien te acobarda?»

«Detente, que no es cosa permitida
Haber venido tú desde el Oriente,
A pensarte valer de la huida
Cuando mas te conviene ser valiente;
Y si tanto amor tienes á la vida,
Que pretendes salvalla infamemente,
Mejor la conservaras en tu tierra,
Que no pasando á España á buscar guerra.»

El turco, que era experto en aljania
La cabeza volvió, y después la rienda,
Y visto que otro alguno no venia,
Aceptó cuerpo á cuerpo la contienda,
Diciendo: «¡Oh tú, cristiano, que este día
Me has perseguido por tan larga senda,
No me retes de infame y vil flaqueza,
Que ya alabado fui de fortaleza.»

«No vine yo á perder honor á España,
Ni salvarme huyendo es hoy mi intento;
No suelo yo temer de uno la saña,
Aunque tenga el valor que de ti siento,
Antes para contigo usar de maña
Te trueque á este remoto apartamiento,
Donde de bueno á bueno en la pelea
Se entienda cual mejor de los dos sea.»

Esto dicho, lanzadas se tiraron
Firmes y recogidos en las sillan;
Las astas en los petos se quebraron;
Saltaron por el aire las astillas;
Al punto las espadas desnudaron
Mostrando de su esfuerzo maravillas;
Las adargas les sirven de rodela,
Y á cada cual su brio pone espuelas.

Tiranse golpes con violencia esquivada;
Suena el metal herido con presteza,
Bien como cuando vuelto en brasa viva
El hierro, y ablandada su dureza,
Resuena sobre el yunque en que restriba
Del duro martillar la fortaleza,
Y prosiguiendo el orden comenzado,
No cesa aquel batir continuado.

Estando pues así la lid trabada,
Un altibajo descargó don Diego;
El turco, la cabeza desarmada,
Atrás retira presto mas que el fuego;
Mas al bajar la fiera cuchillada,
Hizo al caballo del un ojo ciego;
Huye, con el dolor, de la contienda,
Sin mas obedecer mano ni rienda.

El gallardo español apriesa bate
Con herrado talon la blanda ijada
De su caballo, y «dátame á rescate,
Al turco dice, ó vuelve á la estacada.»
El respondiendo: «Desto no se trate,
Saltó en el suelo, y dijo: «Si te agrada,
Aquí do estoy me atrevo á sustentallo,
Que valgo mas á pie que tú á caballo.»

«Mientes, le replicó Leyva indignado,
Y yo haré que tú lo digas mismo,
Primero que tu espíritu dañado
Ese consuelo lleve al hondo abismo,
De que, en alguna cosa aventajado,
Sino fué en armas de mi fe y bautismo,
Mi brazo te venció; y así, pronuncio
Mi intento, y mi caballo te renuncio.»

El turco no le acepta, y á una mata
De rienda atado al vencedor se aplica:
Ya pues de condiciones no se trata;
Nada se dice mas ni se replica;
La cólera sus pechos arrebata;
La contencion sus fuerzas multiplica;
El uno para el otro arremetieron,
Y el memorable duelo prosiguieron.

Era de cada cual el pecho fuerte,
Ágil y vigorosa la persona;
Mas el peligro de la instante muerte
Y la esperanza de triunfal corona
Sus corazones instigó de suerte,
Que están suspensos Marte con Belona
En juzgar sobre aquella diferencia;
Y así, dura neutral la gran pendencia.

Ya andaban por el suelo las adargas,
Hechas pedazos del cortar furioso,
Como si fueran delicadas sargas
O papel de secreto peligroso;
Las gruesas gotas de sudor y amargas,
El corto aliento y anhelar penoso
Eran indicios del trabajo horrible
De aquel par de guerreros invencible.

Demás desto, las piernas les temblaban,
Crujíanles apriesa las camillas,
Pero los fuertes brazos no cesaban
De alimentar las ásperas rencillas:
En tal estado aquel y a queste estaban,
Cuando el turco se prostra de rodillas,
La izquierda digo, que hincó en la tierra,
Investigando nuevo ardid de guerra.

Don Diego á manteniendo un golpe tira
Sobre el corvado cuerpo del pagano;
El le repara, y un revés le gira
Por bajo con furor tan inhumano,
Que consiguiera el premio de su ira
Si la propicia suerte del cristiano
No prefiriera allí su ligereza
A la otomana rabia y su presteza.

Saltó en el aire el diestro caballero,
Pasó el contrario alfange sin efecto,
Mas al bajar á su lugar primero
Y al enhestarse el falso Mahometa,
Un tajo le alcanzó terrible y fiero
Que le hiciera visitar á Aleto,
Si los dobles del turbante largo
El golpe no tomaran á su cargo.

Mas con todo quedó dél aturrido,
Y dió algunos traspies desconcertados.
En esto Leyva con valor crecido,
Atenta vista y pasos denodados,
Cerró con el contrario descreido,
De manera que en lucha ya trabados,
Se renovó la brava competencia
Con el último extremo de potencia.

Tales eran sus ímpetus violentos,
Tal la pujanza y voltear continuo;
Cual suele al duro encuentro de los vientos
Revolverse el oscuro remolino,
Tuérase entre los soplos turbulentos
El seco polvo, y busca otro camino,
Suena en la tierra su voluble centro,
La cima va á las nubes al encuentro.

Estando en esto la neutral porfia,
Al scita levantó el varon de España
Alto del suelo, y él se apercebia
Para caer de pies, de aviso y maña;
Las piernas cual compas tendido abría,
Los brazos apretando con mas saña;
Don Diego quiere dar con él al traste;
El turco resistir aquel contraste.

Sobre el siniestro acometió el cristiano
A dar la vuelta, el turco al pié derecho
Hace puntal, don Diego á la otra mano
Carga al instante con furioso pecho,
Y trabuca el fierísimo pagano;
De suerte que midió, aunque á su despecho,
Con su robusto cuerpo y estatura
Justo el tamaño de su sepultura.

Estremeciósse el suelo del gran peso
Y golpe desigual de la caída;
Don Diego, dice: «Dáteme por preso,
Si quieres no perder aquí la vida.»
Ismenio le responde: «No de seso
Carezco, aunque Mahoma así me olvida,
Para que deba yo aceptar mendigo
La vida que me ofrece mi enemigo.

«Si vivo Alá por dicha me quisiera,
Nunca tu fuerza contra mí bastara;
No quiero vida pues tan lastimera,
No me contenta libertad tan cara.»
Mientras hablando así se desespera
El infiel, con ansia y trisca rara
Procura de salir de aquel estrecho,
Moviendo brazos, piernas, cuello y pecho.

Como suele la sierpe ponzoñosa
En las uñas del águila enclavada
Torcerse y retorcerse presurosa,
Del dolor y la ira atormentada,
Mas el ave real y generosa
Tiénela siempre firme y aferrada,
Y con el corvo pico la destruye,
La muerde, la apedaza y la concluye;

Así el protervo scita se revuelve,
Y así lo oprime el bravo caballero,
Hasta que ya en efeto se resuelve
De enviar la triste alma al Cancerbero;
En la enemiga sangre turca envuelve
De su luciente daga el terso acero;
La rebelde cerviz por la herida
Lanzó un gemir rabioso con la vida.

Muerto queda en el campo el animoso
Ismenio, y vencedor don Diego sale;
Cabalga en su caballo, y muy gozoso
A Verja torna, do el placer mas vale;
Al verse en buena guerra victorioso,
No hay en la tierra gloria que se iguale;
Y así, el Marqués y toda su compana
Participaban de alegría extraña.

Sabido el felicísimo suceso,
Loó su alteza el hecho y los ardidés,
Y trató de hacer el campo grueso
Del marqués de los Vélez, nuevo Alcides;
Puso con dos mil hombres al profeso
Soldado don Rodrigo Benavides,
En guarda de Guadix; y así, camina
A Órgiva Francisco de Molina.

A su órden llevó cinco banderas,
Y al Mendoza, dejado el cargo de antes,
Se le manda que lleve á las riberas
Do está el de Vélez cuatro mil infantes
Y tres condutas listas y ligeras
De caballos jinetes importantes;
Por otra parte trujo el de Castilla,
El tercio de don Pedro de Padilla.

En Adra aquella masa se hacia,
Donde el de Leyva echó tambien en tierra
La catalana gente que traía,
Acudillada de antiquesa sierra;
Mil y quinientos hombres este guía
Que vienen á servir en esta guerra
Porque el Rey les perdone desafueros
De haber gran tiempo sido bandoteros.

Llegó Lorenzo Téllez, Insitano,
El de Silva, marqués de la Fabara,
Dejando de valor mayor que humano
Hecha prueba primero que llegara;
Por medio del poder mahometano
Atravesó con advertencia rara
Desde los granadinos fundamentos,
Los suyos no llegando á setecientos.

Mientras aquí el ejército se auna,
Abenhumeya su poder rebace;
Convalece Dali de la importuna
Herida, y el Zaguer difunto yace;
De cuyo fin no muestra pena alguna,
Antes indicios da que del le place
Aquel ingrato pecho del sobrino
Que tanto el viejo triste amó contino.

La causa deste desconocimiento
Dicen que fué heredalle la hacienda;
Mas quien con viva luz de entendimiento
Penetra deste mundo la vivienda,
Verá que de los hombres el talento
Corre á la ingratitud á suelta rienda,
Y que la paga del mayor servicio
Es odio, por negar el beneficio.

Ya volvan los moros capitanes
A correr el país como primero,
Causando desta suerte mas desmanes
Que cuando el campo todo estuvo entero;
Mas porque la cosecha de los panes
Les defendiese un alto caballero,
Ilustre en sangre, en armas escogido,
Su alteza de nombrallo fué servido.

Don Antonio de Luna fué al remate
Capaz sugeto destas condiciones;
La vuelta va del valle á do Arrendate
Andaba con armados escuadrones;
En el Padul, en Dúlcay y en Tablate
Cobraron nuestras flacas guarniciones
Con la venida suya nuevo brio,
Contra el abenhumeyo poderio.

Con mil de pié y docientos de caballo
Por el secreto de la noche oscura
Marchado habia, cuando sin pensallo
El sol manifestaba su luz pura;
Negocio que debiera rehusallo
Para mejor gozar la coyuntura,
Y dar á los contrarios el asalto
Con no esperado y recio sobresalto.

Estaban los perversos rebelados
Puestos en arma ya, y en cobro puestas
Familias y haciendas y ganados
Entre lo mas fragoso de las cuevas;
No embargante lo cual, nuestros soldados
Con piés ligeros y con manos prestas,
Segun les daba su coraje espuelas,
Llegaron á quemar las Albuñuelas.

Es lugar en tres barrios dividido,
Que á la gran faldá están de la montaña,
En la entrada del valle abastecido;
Su gente es belicosa, y tan extraña,
Que no pudo domalla sin partido
El poderoso vencedor de España,
Después que con asedio tan continuo
Sujetó el ancho reino granadino.

Los hombres son, demás de ser valientes
Llegados á saber y policia,
Notablemente mas que esotras gentes
Que de aquella nacion la tierra cria;
Estos pues se llegaron diligentes
A la demás caterva que traía
El soberbio Arrendate, su caudillo,
De la fiel union duro cuchillo.

Mientras con mas furor cada cristiano
En el incendio y saco se ocupaba,
Veis aquí la algazara del pagano
Tumulto, que embistiendo resonaba;
El valle abajo, por tomar lo llano,
Nuestra caballería caminaba;
La infantería es fuerza que la siga,
No sin algun desórden y fatiga.

Al bajar por la tierra barrancosa,
Resistiendo el furor luciferino,
Don Garcia Manrique generosa
Virtud mostró y esfuerzo peregrino;
Del marqués de Aguilár la casa honrosa
Preciarse debe deste hijo dino,
Pues nunca el belicoso reino ibero
Produjo mas valiente caballero.

Tambien en este trance fué ayudado
El de Luna de Lázaro de Heredia,
Capitan por sus obras señalado,
Y por desgracias digno de tragedia;
En fin, el daño casi declarado
Con tal industria destes se remedia,
Que salvos y seguros del fracaso
Con los demás salieron á lo raso.

Entonces los contrarios, recelando
El ímpetu feroz de los caballos,
Con ira y rabia ardiente blasfemando,
Habieron, mal su grado, de dejarlos;
Al tiempo pues que se iban retirando
De Mahoma los tímidos vasallos,
Encontraron con Céspedes el fuerte,
Despreciador altivo de la muerte.

Habia salido con su compania
Desde Tablate, donde estaba puesto
De guarnicion, fiando que seria
Conforme á su denuedo todo el resto;
Mas vista la morisma que subía
Por una y otra parte del recuesto,
Desconfiando de las fuertes manos,
Se valieron los mas de piés livianos.

Con voz alta y terrible los afrenta
El bravo capitan, así diciendo:
«Soldados viles, ¿quién os amedrenta,
Mi brazo de vosotros muro siendo?
Haced cara, y remitase á mi cuenta
La defensa de todos, que yo entiendo
Libraros del peligro de la vida
Y de la pusilánime huida.

El torpe miedo, de vergüenza ajeno,
La hora que del todo se apodera,
Ni acude á la razon ni admite freno,
Ni cosa que aproveche considera;
Y así, quedaba Céspedes el bueno
Esperando la lid danosa y fiera,
Con pocos de los suyos, pero tales,
Que tarde se hallaran sus iguales.

La multitud arábica arremete;
Ellos esperan juntos y apiñados;
Cuales están con pica y cosetele,
Sobre los piés derechos afirmados,
Y cuales de arcabuz y pistolette,
Tirós acelerando frecuentados,
Con una priesa tan incomparable,
Que solo al pensamiento es imitable.

¿Quién vió eminente roca en la marina,
De innumerables ondas contrastada,
Cuando con violencia repentina
Los vientos traen el agua mas hinchada?
Mas la riscosa peña diamantina
En su nativo centro está arraigada;
Brama el turbado mar, y en su dureza
Quebran las altas olas su braveza.

Esta manera estaba aquel famoso
Y pequeño escuadron en aquel punto,
Y así tambien el bando numeroso
Perdía la esperanza y tiempo junto;
El capitan, valiente y animoso,
Saltó entre los moriscos tan á punto,
Que pareció que encima de aquel cerro
De los aires cayó nube de hierro.

El brazo poderoso encoge y tiende,
Dando á muchos allí la última pena;
Taja, pasa y abolla, rompe y hiende
Corta, lastima, oprime, abre, cercena;
La muchedumbre bárbara le ofende,
Llamándose infelice á boca llena,
Porque un hombre mortal les dura tanto
Y mezcla en su victoria triste llanto.

En los muertos que habia derribado
El español hereúteo tropezaba,
Y su firme escuadron desordenado
Entre los enemigos se lanzaba;
Cuando Arrendate, á paso acelerado,
Llegó al lugar do Céspedes estaba;
Consigo trujo cuatro turcos fieros,
Robustos y afamados mosqueteros.

«Tirad, les dice, todos juntamente:
Quitad del mundo monstruo tan horrible.»
La cuadrilla obedece en continente,
Disparando la máquina terrible;
Rompe el aire volando el plomo ardiente,
Y pasa un pecho (¡oh pérdida increíble!)
Donde tal corazón tuvo posada
Que jamás el temor le halló entrada.

Ya las vitales partes ofendidas
La llave y fortalezas entregaban
A la que tiraniza nuestras vidas,
Por quien la suerte y esperanza acaban;
Mas las últimas fuerzas recogidas,
Que en tal extremo apenas le quedaban,
Al capitan arremetió morisco,
Mas recio que trabuco ó basilisco.

El cauto moro con ardid rehusa
De estar á parangon en el encuentro;
El jayan español su miedo acusa,
Y vuelve á procurar nuevo recuento;
Cuando, llegado al fin que no se excusa,
El cuerpo gigantesco batió el centro,
Cual suele á la segur rendirse dura
El pino en la montaña de Segura.

Arrendate revuelve con presteza
A cumplir, aunque tarde, sus deseos;
¡Oh vano moro! dime, ¿qué alteza
Te puede redundar de esos trofeos?
No pienses que es alguna fortaleza
Heredar al cadáver sus arreos,
Pues la liebre sabemos por muy cierto
Que osa pelar la barba al leon muerto.

Perecen los demás, aunque vendiendo
A buen precio las vidas valerosas,
¡Ay mundo, cómo llevas revolviendo
Al paradero y fin todas las cosas!
Aquel monstruoso cuerpo y estupendo,
Cuyas hazañas fueron tan famosas,
Agora, como al cielo al fin le place,
Inútil tronco, frio, en tierra yace.

Aquel que á la rezura se oponia
De las corrientes aguas y raudales,
Y las sonantes piedras detenia
Que muelen el sustento á los mortales;
El que en robustas fuerzas excedia,
Como en razon, los brutos animales,
Agora dando ejemplo á los humanos,
Miserable manjar es de gusanos.

Sintió, como era justo, la milicia
Deste varon la pérdida inhumana;
Ciudad-Real lloró por la primicia
Que así le arrebató la guerra insana,
Y no dejó del vulgo la malicia
De dar á voces culpa no liviana
Al de Manrique, así como al de Luna,
Sin perdonalles objecion alguna.

Decían que era dellos mal querido
El muerto capitan, y que por esto
No fué, como pudiera, socorrido
En trance que debiera serlo presto;
Mas quien el sitio ha bien reconocido
Tiene por caso visto y manifiesto
Que cuando diligencia les sobrara,
La distancia el socorro defraudara.

CANTO XI.

Las armas y rebatos entre tanto
Por horas menudean en Granada;

Con guarda bien armada á todos lados
En larga procesion á paso lento

Yendo imitando pues desta manera
Un miserable ejemplo de vencidos,

El fin que tuvo aquel atroz efecto
No se pudo saber, porque al instante

Otros, que movimiento de ira fuese
Testificaban el que al moro osado

O fué vana ambicion de torpe fama,
O desesperacion abominable,

Nunca fué provocado el granadino
Por obra ni palabra al hecho odioso;

Al hospital quedaron reducidos
Solos los hombres, porque las mujeres

Ya con armada gente y comisarios,
Religadas las manos á cordales,

Andaba en toda España celebrado
De Verja el caso, que por fama vuela,

Que en calidad y número lo aumentan

Selim, emperador de los turcos, determina pedir á venecianos
isla de Chipre. El Comendador mayor se apunta en el consejo

Tales eran de Hesperia los molinos
Que alimentaban varias esperanzas,

Bien como por atajos y rodeos
Atravesando van los rios caudales,

Es mar y abismo á nuestros pensamientos
El fin que eficazmente deseamos;

Quien mas se azora al héctico fracaso
Es el tirano odioso de levante,

Que no es salir del órden comenzado
Tratar de las turquescas ocurrencias,

Imperaba en la silla de otomanos
Sultan Selim, segundo deste nombre,

La fuerza de ambicion que lo impelia
A hambre de reinar lo transportaba;

Así duda Selim, y así sentia
Un diverso ocurrir de pensamientos;

Y bajar hasta el reino de Granada.

Dificultaba el pérfido otomano
Si á Oran recuperando y á Melilla,

Es de notar que Soliman habia
Hecho tregua en el año de cuarenta,

Parécele á Selim caso aciago
El no recuperar el reino ardiente

¡Oh gloria de mandar, dulce y amarga,
Lisonja peligrosa de fortuna,

Sábese contentar naturaleza
De fáciles regalos sin pasiones,

Andaba discurriendo el otomano
Por el claro valor de sus mayores,

«¿Será que de mis hados la influencia
Con remision culpable yo refrene,

«Cuando menores armas han tenido,
Al revolver feliz de pocos años,

«Tengo en la Europa tanta parte mía,
Que, desde la Dalmacia comenzando,

Hasta que da al mar Negro su tributo

»Y aun hasta la meótica laguna,
Adonde el Tánais su cabeza inclina,

»Mas bien sé que por Asia discurriendo,
Tengo á toda la fértil Natolia;

»Las tres Arabias mando, y la dichosa,
Con la casa de Meca emboblecida,

»Hacia la tramontana y el poniente
Seria proceder en infinito

»Y en fin, ¿qué monte santo ó qué terreno
El sol calienta ni la noche enfria,

»Ni tampoco me importa por agora
Recopilar los hechos y grandeza

»Costumbre antigua es ya á los sucesores
Deste imperio emprender nuevas jornadas,

»Seguras de temor y de recelo
Por inviolable ley del alto cielo.